

## Breve recuerdo del primer Congreso Español de Pediatría en las Islas Canarias

Manuel Cruz Hernández

Miembro de Honor de la Sociedad Canaria de Pediatría. Académico de Honor de la Real Academia de Medicina de Santa Cruz de Tenerife (Canarias)

En los años sesenta empezaron a cambiar algunas cosas en España pero también en otros países. Entonces, en el fragor de la intensa actividad clínica y docente, apenas nos dimos cuenta, pero luego resultó ser una etapa importante, vista con la perspectiva de unos cuantos años por no decir muchos. Se estaba produciendo al fin un despegue económico y se empezaban a olvidar las penurias recientes. Y la misma pediatría iniciaba su proceso de adaptación a la modernidad, dejando atrás la medicina infantil en los tiempos de la poliomielitis, para descubrir otros problemas que esperaban igualmente una solución, aunque para todos no habría una vacuna tan eficaz como la desarrollada por Salk y Sabin. Reflejo era así mismo la creación de nuevas Sociedades de pediatría, como la Canaria. Y como es reconocido en la década de los 60 hubo también una eclosión de nuevas perspectivas en arte, literatura y ciencia, por no hablar del turismo.

Quedaba bastante por hacer. Por ejemplo, el fenómeno necesario de la especialización pediátrica no había recibido el empuje definitivo. Por eso, era posible que pediatras generalistas, como eran entonces Ángel Ballabriga, Enrique Casado de Frías, José Peña Guitián, Ernesto Sánchez Villares o yo mismo, por citar sólo algunos nombres de los que destaca J. Brines en su Historia de la Pediatría, fueran solicitados como ponentes o conferenciantes sobre cuestiones que en este siglo XXI corresponden con todo merecimiento a las especialidades pediátricas.

Por lo que a mí mismo respecta, por aquellas fechas debía disertar tanto del síndrome nefrótico (Sociedad Valenciana de pediatría) como de las cardiopatías congénitas (Hospital de la Cruz Roja en Madrid), insuficiencia cardioesofágica (Reunión Anual de Pediatría en Barcelona) o de Hematología, como ocurrió en el primer congreso de pediatría celebrado en las afortunadas islas Canarias. Este año se celebra el 50 aniversario del XI Congreso Na-



Figura 1.  
Logo del Congreso

cional de Pediatría que se celebró por primera vez en las Islas Canarias (figura 1), como me recuerda Víctor M. García Nieto. Efectivamente, en este gran certamen desarrollé la segunda ponencia del programa científico. Fue sin duda un eslabón interesante en mi carrera universitaria, ya que algunos consideraron que resultó ser como un primer ejercicio para las próximas y reñidas oposiciones (otro concepto del pasado) que tendrían lugar en Madrid para la cátedra de Pediatría de Barcelona, vacante desde 1955 por el fallecimiento de Rafael Ramos. No había pensado yo y mi grupo en este significado, pero ciertamente y como era nuestro estilo nos dedicamos un año largo a la preparación a fondo de la ponencia, que preside en el plano pediátrico mis recuerdos de aquel congreso, cuyo programa

... científico era menos denso que ahora y estaba marcado por las ponencias oficiales. Como dije, hacía poco fue creada la Sociedad Canaria de Pediatría y se esperaba con ilusión la enseñanza universitaria de nuestra especialidad, de la que fue primer catedrático de pediatría otro canario de corazón como Manuel Bueno. El congreso honraba así la meritoria pediatría canaria que en estos días seguramente se evocará, lo mismo que diversos datos de aquel congreso imborrable, unos buenos y alguno dramático, sobre lo que espero leer las aportaciones de otros.

Por mi parte me limitaré a resaltar o recordar algunos detalles de nuestra ponencia sobre "Anemias infantiles, recientes adquisiciones y problemas actuales" para mostrar no ya los cambios luego sucedidos en este gran capítulo de la hematología pediátrica o nuestras aportaciones personales, sino también el distinto talante y muy distinta organización de nuestros congresos pediátricos, iniciados en 1914 en Palma de Mallorca, la ciudad principal del otro archipiélago español. El trabajo se presentaba en papel -por entonces el ordenador solo era ciencia ficción- formando un buen volumen de 531 páginas, 12 capítulos, 109 figuras y 1046 citas bibliográficas. Nuestra aportación pretendía ser, junto a lo antes indicado, un reflejo parcial del progreso de la Pediatría.

Aunque mi nombre figuraba como responsable de la ponencia (figura 2), por haber sido acordado en el anterior congreso, a mi lado estaban en primera página mis excelentes colaboradores cuya cita me llena de orgullo,



Figura 2. Manuel Cruz durante su intervención en la II Ponencia del Congreso (Boletín Diario. XI Congreso Nacional de Pediatría. Santa Cruz de Tenerife 1964; nº 3, 8 Sept)

recordando su imprescindible y excelente contribución: José Martín Santana un pediatra canario excepcional, formado en Cádiz y que me siguió con otros a Barcelona (figura 3); Antonio Martínez Valverde, condiscípulo en Granada y luego primer catedrático de Pediatría de la Universidad de Málaga; Juan Antonio Molina Font, gaditano, formado junto a mí en Cádiz y luego en Barcelona, culminando su carrera como catedrático de Pediatría en Granada, para mantener viva la antorcha encendida por Rafael García Duarte, enriquecida por Antonio Galdó y seguida por mí mismo; Jesús Moreno Martín, otro condiscípulo granadino, profesor titular de pediatría y uno de los pioneros de la neonatología en Andalucía; Francisco Rodríguez López, durante mucho tiempo mi mano derecha en Cádiz y luego primer catedrático de Pediatría en la Universidad de Murcia y, finalmente, Julio Toscano Montes de Oca, gaditano de pura cepa, que durante algún tiempo dirigió con Germán López el pequeño laboratorio de Servicio de Pediatría en el inolvidable hospital Moreno de Mora, aunque pronto sería el jefe de Departamento de Pediatría en el Hospital universitario de la Seguridad social.

En la página inicial de la ponencia con los debidos agradecimientos tenían un destacado lugar dos pediatras canarios insignes: Manuel Herrera Hernández, por su contribución clínica a la drepanocitosis (figura 3) y Manuel Casanova Fernández, como investigador de las ferropenias. Compartían este espacio, con A. Encinas de Badajoz y A. Cárdenas de Huelva así como Kleihauer y Betke de Alemania.

Los grandes capítulos de la ponencia eran:

1. El síndrome anémico en la infancia y sus métodos de estudio actuales.
2. Factores biológicos de la eritropoyesis. Revisión y aportaciones personales.
3. Los sistemas enzimáticos en las anemias de la infancia.
4. El síndrome hemolítico en la infancia: esferocitosis hereditaria.
5. Hemoglobinopatías: hemoglobinas normales y patológicas.
6. Talasemias.
7. Hemoglobinopatías en España: drepanocitosis y microdrepanocitosis.
8. Anemias hemolíticas adquiridas: inmunohematología de los eritrocitos.
9. Anemias aplásticas e hipoplásticas en pediatría.
10. Anemias megaloblásticas y perniciosiformes en el niño.
11. Anemias ferropénicas en la infancia.
12. Los procesos anémicos en el periodo neonatal.

Por aquellos años las talasemias y las hemo-

...

... globinopatías llamaban la atención por su escaso conocimiento y por considerarlas erróneamente como una rareza, lo mismo que el tratamiento hormonal de las anemias aplásicas congénitas como la de Fanconi, cuando no existía en la práctica pediátrica ni por asomo el trasplante de médula ósea, de células precursoras hematoyéticas o de células madre. Ya antes había trabajado yo en el tema y luego seguí insistiendo algún tiempo en la clínica y en la investigación, con invitación a varios Congresos Españoles de Hematología en los tiempos de P. Farreras Valentí, hasta el punto de ser fuerte mi tentación de olvidar la desbordante pediatría general y dedicarme por entero a la hematología pediátrica. Al final pudo más mi obligación como docente de intentar difundir la total pediatría, aunque el tiempo me dio la satisfacción de ver consagrada a mi hija Ofelia Cruz como jefe de Servicio de Hematología y Oncología en el Hospital Universitario San Juan de Dios de Barcelona, donde radica ahora la cátedra de Pediatría. Mi afirmación previa de situar en un primer plano la aportación comentada al programa científico de aquel Congreso español de Pediatría en 1964, con sede compartida por Las Palmas de Gran Canaria y Santa Cruz de Tene-

rife, tal vez sorprenda a los que me conocen bien, porque muchas veces he dicho de viva voz y por escrito, y ahora lo reconozco, que mi visita a las islas Canarias era un viejo deseo desde que aprendí a quererlas y admirarlas a través de los amigos, de los compañeros y sobre todo de los discípulos. Entre los más destacados y amigos fieles están los pediatras canarios que me hacen el honor de citarme como maestro, si bien yo aprendí mucho de ellos, por su tesón, su cultura, su fidelidad, su calidez humana, su generosidad, su humanismo y el amor a la tierra que les vio nacer también, sin dejar de sentirse profundamente españoles. Gracias a ellos ya sabía mucho de los primeros hospitales, de los pediatras pioneros, de su clima benigno y de la belleza impresionante de sus ciudades y de toda su geografía, donde destacan parajes patrimonio de la biosfera o de la humanidad y que ahora no me permito ni siquiera enumerar, porque necesitaría demasiado espacio y no podría superar el relato de otros. Eso sí, lo que pude ver en aquella rápida y primera ojeada no me defraudó, al contrario me deslumbró y quedé siempre con ganas de repetir la visita, como por fortuna he podido hacer, aunque no tantas veces como quisiera.



Figura 3. Fotografía tomada en la excursión al Teide durante el Congreso. De pie, en el centro, aparece Manuel Cruz y, a su izquierda, Juan Pedro López Samblas y Eduardo Machado. Debajo. Manuel Herrera, Jaime Chaves y Rafael Santana Guerra